

## Introducción<sup>2</sup>

El presente trabajo busca subrayar la importancia del deseo de Dios y la conversión para santa Gertrudis de Helfta, en su camino de conformación a Cristo.

La conformación a Cristo implica un encuentro, el seguimiento, la conversión, la transformación y la transfiguración. Gertrudis vivió todas estas etapas hasta alcanzar la plenitud del Amor. Su conversión fue movida por el deseo de buscar un rostro: el rostro del amor que despertó su alma y el deseo de su corazón. Dejemos, entonces, que ella misma nos hable de su propia vida, esperando que nos lleve también al conocimiento de la profundidad del amor del Corazón de Jesús. Gertrudis ha recibido el nombre de “santa de la humanidad de Cristo”<sup>3</sup>.

El deseo de  
Dios y la  
conversión:  
camino de  
conformación  
a Cristo en  
santa  
Gertrudis de  
Helfta

## 1 - Datos biográficos de Gertrudis

CuadMon 144  
(2003) 71- 90

Gertrudis nació el día de la Epifanía, el 6 de enero de

<sup>1</sup> Profesas temporales de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, pertenecientes al Monasterio Ntra. Sra. de Quilvo (Curicó, Chile).

<sup>2</sup> Para referirnos a las obras de santa Gertrudis usaremos las siguientes abreviaciones, señalando también sus respectivas ediciones abreviadas. - Ejercicios Espirituales (Exercitia Spiritualia)= Ex. - Las Revelaciones o Heraldo (Insinuationes o Divinae Pietatis)= H

Ediciones: “Revelaciones de Santa Gertrudis” (Ed. Balmes, Barcelona 1945)= Balmes; “Revelaciones de Santa Gertrudis la Magna” (Ed. Benedictina, Buenos Aires 1947, por el P. Ortega)= Ortega; Oeuvres spirituelles, I “Les exercices” (Colección Sources Chrétiennes n° 127, ed. Cerf, Paris, 1967)= SC n°127.

<sup>3</sup> P. Luis LAMPE, La grâce est signe de l’amitié de Dieu. Gertrude d’Helfta, une figure d’esperance de l’amour libérateur, en Collectanea Cisterciensia n. 48 (1986), p. 78.

1256. Nada se sabe ni de su lugar de nacimiento ni de su familia<sup>4</sup>. A la edad de cinco años, ella entra en el monasterio de Santa María de Helfta, situado a una media milla de Eisleben (Alemania). Helfta estaba enclavado en un pequeño y fértil valle, cuyos ríos fluían entre floridos huertos hasta alcanzar el lago de Seeburg<sup>5</sup>. Ciertamente fue en esta atmósfera bucólica que Gertrudis se inspiró para muchas de sus meditaciones, las cuales están llenas de elementos de la naturaleza.

El monasterio de Helfta adoptó desde un principio las costumbres y el hábito blanco del Císter, aunque la comunidad perteneció a la larga lista de casas jurídicamente no incorporadas<sup>6</sup>. Helfta era también un centro de formación integral, en el que las religiosas podían desarrollar todas sus facultades, por medio de un plan completo de estudios que abarcaba por igual las ciencias profanas y religiosas<sup>7</sup>.

En este monasterio se llevaba una vida interior, totalmente entregada al fervor de la contemplación y a una intensa vida litúrgica, lo que es muy notable en todos los escritos de Santa Gertrudis. La Liturgia es fuente y lugar de su oración, universo en donde ella encuentra la humanidad y la divinidad de Cristo, vivo y presente hoy en la concreción de su Iglesia. Los encuentros que Gertrudis tiene con Dios generalmente pasan en “la acción litúrgica, sobre todo en los días de fiesta”<sup>8</sup>. La Liturgia la ayuda a volverse continuamente hacia Dios, y el deseo de su corazón orante a convertirse hasta alcanzar la unión sponsal. Gertrudis pasará toda su vida en Helfta, hasta el 17 de noviembre aproximadamente 1302-1303<sup>9</sup>.

## 2 - La conversión

*La conversión es obra de la Gracia: la iniciativa es de Dios*

*Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera, tu Palabra todopoderosa se abalanzó, como paladín inexorable, desde el trono real de los cielos al país condenado. (Sb 18,14)*

La conversión es obra de la Gracia, donada gratuitamente al hom-

---

<sup>4</sup> Sta. Gertrudis, Revelaciones, El Heraldo del Amor Divino, Ed. Balmes, Barcelona, 1945. Introducción p. X.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. XI, XII.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. XII.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. XVIII, XIX.

<sup>8</sup> Cipriano VAGAGGINI, osb, “El Sentido Teológico de la Liturgia”, BAC, Madrid, 1965, p. 713.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 696.

bre por la infinita Misericordia de Dios para transformarlo, divinizarlo y hacerlo renacer en Cristo. La iniciativa viene de Dios que llama al hombre al encuentro con él y consigo mismo, le da la luz de la ciencia para el conocimiento de sus pecados, y le muestra el abismo existente entre él y el pecador. Pero Dios le muestra también, que su misericordia cubre este abismo, le da, entonces, su mano y le invita a volver su corazón hacia él. En ese proceso de conversión, Dios se revela al hombre, revela al hombre a sí mismo, y se da a él.

Gertrudis experimenta esta conversión que la lleva a una vida de íntima unión sponsal con aquel que su corazón anhela. Este encuentro con el Amor, personificado y manifestado en el Hijo de Dios hecho hombre, la regenera, rejuvenece su corazón y la hace afirmar: “En ti y solamente en ti es que nos volvemos capaces de rehacernos a la imagen y semejanza de nuestro primer estado”<sup>10</sup>.

Tocada por la Misericordia de Dios, Gertrudis experimenta el perdón y, refiriéndose a la primera visita que le hizo el Señor, confirma esta gratuidad de la gracia con las siguientes palabras: “Cuando considero lo que había sido mi vida antes de aquel día y lo que ha sido después de él, debo proclamar sinceramente que fue aquel un don completamente gratuito y que no lo había merecido en modo alguno”<sup>11</sup>.

La gracia la condujo hacia lo más íntimo de ella misma, “despertó su alma dormida”<sup>12</sup>. Entrando, entonces en su corazón, ella reconoce tal desorden y confusión en su persona que “toma la decisión de consagrar todos sus esfuerzos para poner orden en ella misma”<sup>13</sup>, para hacer en ella un lugar digno de ser morada del Señor<sup>14</sup>. Todo el itinerario de conversión en Gertrudis es un itinerario de “retorno al corazón”, un retorno a lo más profundo de ella misma, en donde hace la experiencia transformante de la presencia “divinizante” del Señor, que la llama y la invita a encontrarlo, en la simplicidad de un corazón desapegado, en el vuelo de un espíritu libre para amar. Dios espera que el hombre se vuelva hacia él para revelar su rostro: *Cuando su corazón se entregue a mí, volveré a él para guiarlo y revelarle mis secretos* (Si 4,17-18).

El encuentro con la Verdad transforma a Gertrudis de una manera radical: ella ya no puede ser la misma que era antes, ha sido “tocada por la

---

<sup>10</sup> H II,VII; traducción de Soeur Marie-Pascale, *Initiation à sainte Gertrudis*, Epiphanie – Tradición monastique. Initiations, Éditions du Cerf, Paris 1995, p. 41.

<sup>11</sup> *Ibid.*, H II, II.

<sup>12</sup> SAN BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 74,6,, BAC; Madrid 1987, V.

<sup>13</sup> *Ibid.*, nota nº 1, p. 82.

<sup>14</sup> *Ibid.*, nota nº 10.

gloria de Dios". En efecto, "este hombre transformado por el amor es el que los discípulos contemplaron en el Tabor, el hombre que todos nosotros estamos llamados a ser"<sup>15</sup>.

### *El Amor despierta su alma*

Dios toca el corazón del hombre y espera su respuesta, siempre respetando su libertad de adherir o no al plan divino. Gertrudis es tocada en la profundidad de su ser hasta que su alma despierta a la Presencia de Aquel que desde siempre la ha amado tan tiernamente: "¡Despierta alma mía! ¿Hasta cuando dormirás? Escucha la palabra que yo te anuncio. Más arriba de los cielos habita un Rey que es cautivo del deseo de poseerte. Él te ama con todo su corazón, y te ama más allá de cualquier medida. Él te ama tan dulcemente, tiernamente, y fielmente, que por ti, él dejó humildemente su reino"<sup>16</sup>.

Lo importante para ella es permanecer siempre unida a Jesús, dulce paz de su corazón. Gertrudis sólo pide al Señor que derrame sobre ella su vaso de amor para que su alma adormecida pueda despertar: "¡Oh paz! sé el lazo de amor que me una siempre a Jesús (...) ¡Oh paz! escucha todavía una palabra. Ábreme aquel vaso de alabastro, lleno de Amor, que tu guardas, y su aromático perfume despertará mi alma adormecida"<sup>17</sup>.

Desde el día de la primera visita del Señor, el 27 enero, 1281, Gertrudis no desea más que una sola cosa: poseerlo. Para esto, por amor, ella no permite que su corazón se ate a nada que sea obstáculo al Señor, permaneciendo con los ojos de su corazón siempre vueltos hacia él, listos para recibir sus dones.

### *La llamada a la conversión es un encuentro con Dios*

"Un único acontecimiento notable marcó esta existencia de más de cuarenta años pasados en el claustro: la conversión del 27 enero 1281"<sup>18</sup>, la cual cambia su vida radicalmente: Ella pasa desde una vida religiosa un

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *Oriente Lumen*, 1995, 14.

<sup>16</sup> EX III: GERTRUDE D'HELFTA, *Oeuvres spirituelles*. I. *Les exercices*, (J. Hourlie - A. Schmitt), Paris 1967, SC 127, pp. 30-35.

<sup>17</sup> STA. GERTRUDIS LA MAGNA, *Revelaciones*, Ed. Benedictina, Buenos Aires 1947 (Timoteo P. Ortega), p. 815.

<sup>18</sup> EX III: GERTRUDE D'HELFTA, *Oeuvres spirituelles*. I. *Les exercices*, Paris 1967 (J. Hourlie - A. Schmitt), SC 127, p. 9.

poco superficial y tibia a una vida mística profunda y llena de fervor<sup>19</sup>.

Habiendo comprendido a los veinticinco años que sólo Dios podría llenar su alma, Gertrudis “se vuelve totalmente hacia la vida de unión con Cristo”<sup>20</sup>: “Ella comprendió, entonces, que había quedado lejos de Dios en la región de la semejanza, al dedicarse excesivamente a los conocimientos humanos, olvidándose, hasta ese día de abrir la mirada de su espíritu a la luz de las verdades espirituales; atada muy fuertemente a las alegrías del saber humano, ella se había privado de saborear toda la dulzura de la verdadera Sabiduría”<sup>21</sup>. Gertrudis comprende, entonces, que la grandiosa torre de vanidad mundana, levantada por su orgullo, no armonizaba con su profesión monástica<sup>22</sup>.

### *El encuentro*

Al levantar la cabeza, después de haberse inclinado ante una anciana, Gertrudis ve de pronto ante ella a un joven que parecía como de unos dieciséis años de edad, “lleno de encantos y de belleza”, y tan hermoso, como ella misma lo dice: “... que mis ojos no hubieran podido desear ver otra cosa más encantadora”<sup>23</sup>.

Con un rostro lleno de bondad, el joven le dirigió estas palabras: “Pronto vendrá tu salud. ¿Por qué te consumes de tristeza? ¿Es que no tienes acaso consejero, para que te dejes abatir así por el dolor?”. Y continuó: “Yo te salvaré y te libraré, no temas”<sup>24</sup>.

Gertrudis responde como la esposa del *Cantar de los Cantares*, adhiriendo con toda la fuerza de su amor a Aquel que la llama por su nombre: *¡La voz de mi amado! Helo aquí que ya viene, saltando por los montes, brincando por los collados. Semejante es mi amado a una gacela, o a un joven cervatillo (Ct 2,8).*

El más bello de los hijos de los hombres la invita a caminar hacia él. Jesús, promete embriagarla con el torrente de sus delicias, pero le muestra también que entre él y ella hay un abismo lleno de espinas; Gertrudis ve que no hay ningún modo de pasar para llegar hasta el “bello adolescente”: “Permanecía, pues, vacilante, ardiendo en deseos y a punto de desfallecer,

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> H I,1: STA. GERTRUDIS, *Revelaciones*, El Heraldo del Amor Divino, Ed. Balmes, Barcelona, 1945.

<sup>22</sup> *Ibid.*, cf. H II,I.

<sup>23</sup> *Ibid.*, H II, I.

<sup>24</sup> *Ibid.*

cuando él mismo me tomó de pronto y alzándome sin ninguna dificultad, me colocó a su lado. Entonces reconocí en la mano, que acababa de serme dada en prenda, los preciosos brillantes de las sagradas llagas que han anulado todos los títulos que pudieran ser opuestos contra nosotros. Por eso yo adoro, alabo, bendigo y doy gracias, cuanto puedo, a tu sabia misericordia y a tu misericordiosa sabiduría<sup>25</sup>.

Por esta sola mirada que la cautivó, ella quiere morir de Amor: “En tus ojos centellea la eternidad y en su brillo reconozco yo a mi Dios y a mi Salvador<sup>26</sup>”.

Después de este encuentro inolvidable con el Señor, Gertrudis empieza a invocarlo como “Dios de mi corazón”, y “Dios de mi vida” siempre tomada por el deseo de ver la faz de Dios<sup>27</sup>: “Ahora, mi corazón y mi alma arden por ti, Dios de mi corazón, Dios, mi herencia, por la eternidad. En ti se estremece mi espíritu, oh Dios mi Salvador<sup>28</sup>”.

Su actitud fue, entonces, totalmente transformada: Helfta ya no es más para ella un centro intelectual y cultural sino una casa de oración contemplativa: “Su perspectiva sobre tiempo y lugar también cambia. Todos los lugares ahora eran sagrados para ella; todos los tiempos y actividades santos, no solamente aquellos que envolvían el culto<sup>29</sup>”. Desde este momento, toda su espiritualidad consistirá en ver y amar con el corazón de Cristo<sup>30</sup>.

### *Seguimiento: el conocimiento de Dios y de sí misma*

El Amor la atrae, la hace desearlo, y la invita a sus dulces abrazos; pero le da también, el conocimiento de sí misma para que pueda comprender cuán grande es el abismo que les separa, porque ella está lejos de su corazón, lejos de Dios, en la región de desemejanza. Jesús se le presenta, dándole un conocimiento luminoso de él, y de sí misma, por medio de la misma luz que irradia su divinidad. Este conocimiento de sí y de él, la hace desear más ardientemente conocerse en la Luz de la Verdad que libera.

Como las vírgenes prudentes, Gertrudis desea que su lámpara esté siempre encendida y ardiente con la claridad del Amor que espera la veni-

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*, nota nº 16, Ex V, pp.70-71.

<sup>27</sup> Miriam SCHMITT, osb, “Gertrud of Helfta: Her Monastic Milieu and Her Spirituality”. Hidden Springs. Book II. Cistercian Monastic Women, p. 481.

<sup>28</sup> Ex VI: SC nº 127, pp. 359-361.

<sup>29</sup> *Ibid.*, nota nº 28.

<sup>30</sup> *Ibid.*, cf. p. 471.

da del Esposo en medio de la noche de la vida. Ella se lo pide al Señor: “¡Oh! ¿Cuándo iluminarás la lámpara de mi alma con la luz que nunca se apaga, y la relumbrarás en ti, a fin de que yo me conozca en ti como yo soy conocida? ¡Oh! Cuánto es feliz, cuánto bienaventurado, quién ya guarda, escondida en sí, la gloria de tu rostro. ¡Oh! ¿cuándo me absorberá, a mi también, indigna, ese dulcísimo rayo a fin de no ser contigo más que un sólo amor y un sólo espíritu?. Todo lo que está en mí te dice: ¿Señor quién es semejante a ti?”<sup>31</sup>.

El conocimiento de sí no va sin dolor. El dolor no solo lo acompaña, sino que sumerge el corazón en los abismos de la adoración y del amor, permitiéndole encontrar el tesoro escondido, la perla preciosa, el nombre secreto de cada uno conocido sólo por Aquel que nos ha amado primero y nos ha llamado a la existencia.

Allí, en este punto más profundo del corazón abajado y humillado delante de Dios, está el reposo de encontrar al Señor que viene a salvarnos: “¡Oh dulzura verdaderamente admirable de la bondad de Dios, que levanta con muchas más atenciones el alma de aquel a quién el pensamiento de su propia miseria lo ha profundamente más abajado!”<sup>32</sup>.

### *El Abismo llama al abismo*

Si uno desea progresar espiritualmente, debe experimentar este doble abismo: conocimiento de sí y conocimiento de Dios. Gertrudis vivió esta dolorosa desemejanza que la hacía clamar a Dios, le parece sin embargo, que Dios le tiene tan grande amor que no tiene en cuenta su ingrata conducta. El Amor de Dios es más fuerte que todas las potencias de muerte que habitan en uno. Su Amor, Abismo de Misericordia llama, atrae y consume en sí el abismo de nuestra pobreza: *Abismo llama al abismo, en el fragor de tus cascadas, todas tus olas han pasado sobre mí (Sal 42,8)*.

La miseria del hombre atrae la Misericordia de Dios, que se inclina hacia él para salvarlo.

### *Gertrudis reconoce su pecado*

Así la Misericordia del Señor desciende por los lugares más agresivos del alma de Gertrudis hasta llegar al valle de su miseria. El Amor le

<sup>31</sup> Ex VI: SC n° 127, pp. 346–352.

<sup>32</sup> *Ibid.*, nota n° 9; H I, XI, p. 191.

muestra sus fallas esperando que de su corazón endurecido brote una nueva fuente de vida que transforme la tierra árida en manantiales de agua cuyo murmullo es un canto de esperanza: *Allí le daré sus viñas, el valle de Akor lo haré puerta de esperanza (Os 2,16-17)*.

Gertrudis, por su parte, confiesa su pecado<sup>33</sup>, habla de la nube espesa de sus tinieblas, de su orgullo insensato, pero no se desanima sino que pacificada por una alegría espiritual nueva, estima el yugo de Cristo dulce, y suave el peso, que antes le había sido insoportable. Ella se deja encontrar y transformar por Cristo en la alegría radiante de ser pobre pero inmensamente amada por un Dios lleno de misericordia. Es allí donde se opera el paso desde la vida intelectual a la vida mística, pues la vida mística consiste en amar a Cristo, adherir a él constantemente y seguirle con fidelidad aún en medio de la pobreza y del escándalo del pecado.

### *El Corazón de Jesús, Amor servidor, enseña a Gertrudis a servir*

Jesús le muestra que su Corazón también conoce la fragilidad humana; este Corazón que sólo sabe consolar, espera como un mendigo que su creatura hecha a imagen y semejanza suya, vuelva su mirada hacia él para allí, en la quietud de todos los sentidos, pueda aprender a amar, amándolo y conociéndolo: "... mi Sagrado Corazón, que conoce la fragilidad y la inestabilidad humanas, espera y desea que le invites tú, sea con palabras, sea con una seña, a realizar y completar contigo los actos de tu vida; y como está dotado de un poder infinito y conoce además todas las cosas con su insondable sabiduría, desea hacerte este servicio con una alegría llena de amor, pues le son naturales la dulzura y la bondad sin límites"<sup>34</sup>.

He aquí el amor que no contentándose de haber dado su vida por nosotros, viene todavía en condición de servidor, ofreciendo un servicio lleno de alegría a su creatura...Este Amor insondable hace clamar a Gertrudis en un canto de alabanza a la Misericordia de Dios: "Oh Amor, tu divino ardor me abrió el dulcísimo Corazón de mi Jesús. ¡Oh Corazón, fuente de dulzura. ¡Oh Corazón desbordante de bondad! ¡Oh Corazón sobreabundante de Caridad! ¡Oh Corazón que destila la suavidad del rocío! ¡Oh Corazón lleno de Misericordia!"<sup>35</sup>.

¡Qué profundos son los designios de Dios! nosotros nos esforzamos y ejercitamos cada día en amarlo y servirle en nuestros hermanos. Pero,

<sup>33</sup> Cf. H II, I.

<sup>34</sup> H III, XXV.

<sup>35</sup> Ex VII: SC n° 127, pp. 380-382.

¿cuántas veces nos hemos dado cuenta que no somos nosotros los que le servimos sino él quién nos sirve? Es como si silenciosamente, él nos mirase lleno de ternura y de bondad, mendigando nuestra mirada tantas veces perdida en los quehaceres de la vida y nos dijese: “Mira quién es él que te sirve”.

### 3 - Frutos de la conversión

#### *El amor a la Sagrada Escritura y la serenidad en las luchas y enfermedades*

El primer fruto de su conversión fue un amor apasionado por la Sagrada Escritura que era para ella: “Una melodía armoniosa para el oído, una alegría espiritual para el corazón”<sup>36</sup>. Gertrudis experimentó esta armonía y alegría espiritual no solamente gustando y gozando cada palabra divina que le era regalada sino que también en medio de sufrimientos escondidos, sobre todo a aquellos que ella supo soportar y ofrecer con mucho amor y paciencia, para que el Amor pudiera ser amado por muchos.

Su confidente, testigo de esa parte secreta de luchas, pruebas, combates y dolores, nos muestra que a pesar de todo, Gertrudis conservaba la serenidad cualquiera que fuesen las circunstancias. Esta serenidad era fruto del don de la confianza en la Misericordia de Dios, incluso cuando él le retiraba la gracia sensible que ella recibía habitualmente<sup>37</sup>. La memoria del encuentro inolvidable con su Amado permanecerá viva en su alma incluso en los momentos en que esta presencia le será retirada, dejándola vivir solamente de fe: “Aunque la rosa sea más agradable en la primavera, cuando se halla en el apogeo de su esplendor y de su perfume, sin embargo, tampoco nos hace olvidar en el invierno, con su suave aroma, el recuerdo de su belleza primaveral. De igual modo, el alma halla también una fuente de profundas alegrías en el recuerdo de los favores que ha recibido...”<sup>38</sup>.

Durante la última etapa de su vida, Gertrudis tuvo todavía que sufrir y luchar contra sus propios defectos, sobretodo contra la impetuosidad de su carácter y contra su orgullo. Pero lo que más le hizo sufrir durante este último período de su vida fueron sus frecuentes y graves enfermedades: “Éstas se abatían a veces con tal violencia sobre ella, que la dejaban extenuada y reducida a la mayor flaqueza. Una de estas enfermedades la retuvo en el lecho durante casi todo un año. La Santa las sobrellevaba con

<sup>36</sup> H I, I.

<sup>37</sup> H I, X.

<sup>38</sup> H II, XXI.

gran paciencia<sup>39</sup>. Cristo fue su victoria, su fortaleza en todas sus tribulaciones. Ella ofrecía este sacrificio a su Señor y para ella la vida era un largo esperar el momento de ver al Dios de su vida, autor de su salvación y amparo de su alma.

### *El celo por las almas y la redacción de sus escritos*

La vida mística de Gertrudis no constituye “un repliegue egoísta sobre sí misma”<sup>40</sup>; ella tiene un mensaje que transmitir. Al principio, Gertrudis no quería redactar sus revelaciones, sintiéndose abrumada por la perspectiva de tener que hacerlo. Pero el Señor le prometió hacerla reposar sobre su Corazón<sup>41</sup> para inspirarle lo que ella debería escribir. Bajo su influencia, entonces, ella empieza a redactar su Memorial de la Sobreabundancia del Amor Divino, en el cual revela “su vida íntima en Cristo”<sup>42</sup>.

Ella desea que todo hombre pueda llegar a gustar la suavidad del Amor de Cristo<sup>43</sup>, que tanto la cautivó. Así escribe en la conclusión de su libro: “¡Ojalá que, al leer estas páginas, se sientan otras almas seducidas por la dulzura de tu Amor y sean atraídas a gozar en tu intimidad de una dicha aún mayor, para que así puedas tú ser glorificado!”. Y continúa así su oración: “Señor todopoderoso, dispensador de todos los bienes, dignate, pues, saciarnos largamente, mientras recorremos este camino del destierro; hasta que, contemplando sin velo la gloria del Señor, seamos transformados en la misma imagen, llevados de claridad en claridad por tu suavísimo Espíritu” (cf. 2 Co 3,18)<sup>44</sup>.

El Amor la llevó a participar de Su divina grandeza. Por esto, con un corazón lleno de compunción y de agradecimiento, ella desea también que toda la Iglesia pueda participar de esta Gracia<sup>45</sup>.

### *La vía de la pobreza espiritual y la humildad*

Una tarde, Gertrudis había experimentado un vivo descontento que

<sup>39</sup> *Ibid.*, nota nº 2, Introducción p. XXXV.

<sup>40</sup> SC nº 127, p. 10.

<sup>41</sup> Cf. H II, X.

<sup>42</sup> *Ibid.*, nota nº 41.

<sup>43</sup> H II, VI.

<sup>44</sup> H II, XXIV.

<sup>45</sup> Cf. H II, VIII.

la hizo caer en falta. Al día siguiente, por la mañana, ella buscó la primera ocasión para ponerse en oración. Fue, entonces que Jesús se le presentó bajo la figura de “un peregrino tan miserable” que parecía “privado de fuerza y de todo socorro humano”<sup>46</sup>.

Gertrudis se reprochó por la falta de la víspera, y gimió por haber turbado al autor de la paz con los movimientos impetuosos de su carácter. Pero Jesús le respondió: “¿Cómo se consolaría un pobre enfermo, que a duras penas ha conseguido que le lleven al dulce calor del sol, de una violenta tempestad que sobreviniera de pronto, si no fuera por la esperanza de ver muy pronto un tiempo más sereno?. De igual modo, yo, vencido por tu amor, he escogido habitar contigo en lo más fuerte de las tempestades levantadas por tus pasiones, y esperar el arrepentimiento que devolverá la calma y te conducirá hacia el puerto de la humildad”<sup>47</sup>.

En la respuesta de Jesús, se pueden reconocer las palabras del profeta Jeremías: *Oh esperanza de Israel, Yahveh, Salvador suyo en tiempo de angustia! ¿Por qué has de ser cual forastero en la tierra, o cual viajero que se tumba para hacer noche? ¿Por qué has de ser como un pasmado, como un valiente incapaz de ayudar?. Pues tú estás entre nosotros, Yahveh, y por tu Nombre se nos llama; no te deshagas de nosotros (Jr 14,8-9).*

El Hijo del hombre se abaja hacia nosotros para salvarnos, haciéndose uno de los más pobres entre los hombres para compartir nuestra miseria y esperar una morada segura en nuestros corazones. Como un viajero sin morada, El permanece afuera, pidiendo y llamando a nuestra puerta; *su cabeza está cubierta de rocío, y sus cabellos, del relente de la noche (Ct 5,2).*

Ese encuentro con El Señor pobre hace crecer a Gertrudis en el espíritu de pobreza espiritual, de humildad y de confianza en la Misericordia de Dios.

### *La confianza en el Amor que recrea*

Después de su conversión, Gertrudis no pudo, por sus propias fuerzas, corresponder al llamado de Dios e incluso llegó a dudar que Jesús pudiera cohabitar en su corazón con su pecado. Pero Jesús le enseñó a confiarse en él, en medio de su fragilidad, pues él repararía todas sus imperfecciones con la fuerza de su amor:

“Un día, después de haberme lavado las manos, permanecía de pie, en las filas de la comunidad para ir al refectorio. Mientras tanto, admi-

<sup>46</sup> H II, XII.

<sup>47</sup> *Ibid.*

raba la claridad del sol, que brillaba en toda su fuerza, y decía dentro de mí misma: Si se hallara en mí el Creador de ese brillante astro, de quien se ha dicho que el sol y la luna admiran su belleza; si se hallara en mí, repito, el Señor, que es un fuego devorador, tan verdaderamente presente como con frecuencia se muestra a mis ojos, ¿cómo sería posible que mi corazón permaneciera tan frío, y que obrara yo con tanta dureza y con tan poca sabiduría en mis relaciones con el prójimo?"<sup>48</sup>.

El Señor le responde que: "... desde el principio de la creación del cielo y de la tierra, y en toda la obra de la Redención, he manifestado más la sabiduría de mi Amor que la fuerza de mi poder, y esta sabiduría brilla sobre todo cuando soporto a los imperfectos, para llevarlos luego al camino de la perfección"<sup>49</sup>.

El Amor es creador y recreador, él es transformante. Éste es el designio del Amor: recrear el hombre a su "imagen y semejanza". Pero para esta transformación, es necesario que toda la oscuridad del pecado se vaya poco a poco transformando en la luminosidad y transparencia del Tabor. Hay que subir allá con Jesús, postrarse por tierra por no soportar tanta luz y escuchar la voz del Amor; Amor que se inclina hacia su creatura para hacerla libre del pecado y participe de su misma vida. Amor que irradia su luz misericordiosa hasta que se disipen todas las tinieblas de la muerte, hasta que el hombre, finalmente libre, pueda cantar: ¡Vive el Amor porque Cristo vive en mí!

*La conformación a Cristo implica una experiencia de esponsalidad con el Dios vivo*

Jesús introduce a Gertrudis a la contemplación de los escondidos secretos de su Corazón; él con su benignísima condescendencia atrae el alma de Gertrudis para que ella pueda unirse más íntimamente a él. Ella le responde así: "Ábreme el tesoro de tu corazón misericordioso, donde reposa para mí la suma de todos mis deseos. Muéstrame la gracia de tu dulce rostro, para que yo derrame mi alma en tu presencia"<sup>50</sup>. Jesús revela, entonces, a Gertrudis un secreto de su corazón: "Aquella que quiera amarme, yo quiero hacerla mi esposa, amarla tiernamente con un amor ardiente. Le enseñaré el cántico de las vírgenes, el cual cantará luego tan dulcemente con mi misma voz, que me obligará a unirme a ella con el suavísimo lazo

<sup>48</sup> H II, XVII.

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> Ex VI: SC n° 127, pp. 18-19.

del amor. Lo que Yo soy por naturaleza lo llegará a ser también ella por gracia<sup>51</sup>. La atracción del Amor sobre Gertrudis se manifestará, entonces, en la transformación de su deseo.

#### 4 - El deseo de Dios

*El deseo es la fuerza unificante que nos conduce por el camino de la conversión. Es la voz misma de Dios en el corazón del hombre*

Gertrudis buscaba “en lo profundo de su corazón a Aquél que, a su vez, se entregaba a ella en una especialísima efusión de la Gracia<sup>52</sup>:

“¡Oh Creador de los astros! Yo he recibido de ti inmensos beneficios. He recibido los dulces gozos del alma, el sello de tus sagradas llagas, la revelación de tus secretos, las familiares caricias de tu amor<sup>53</sup>.

El deseo de Dios en Gertrudis brota de un corazón pobre, necesitado, sediento de responder al Amor recibido gratuitamente con el don de todo su ser en la gratitud, la alabanza, y en lo concreto de la vida de cada día. El Amor la atrae tan irresistiblemente, que ella no puede encontrar palabras o expresiones dignas de corresponder a un tan grande regalo. Ella quiere bendecir a Dios, alabarlo con todas sus fuerzas, pero ante el poder del Amor, ella siente desfallecer su corazón.

Entonces, desde el abismo de su pobreza ella abre su corazón para que broten las palabras que fluyen de la fuente del Amor, el corazón de Cristo, como en este pasaje del Ejercicio VI: “Pero, ¿qué diré yo al Señor, o cómo podré responderle una palabra por mil? Oh Amor, me encuentro en un gran aprieto. Responde tú por mí, porque yo no sé qué decir al Dios de mi vida. Me he quedado muda de admiración, al contemplar la gloria de su rostro, y ya no tengo ni voz ni sentidos, porque con el resplandor de su majestad, han desfallecido mi corazón y mi fortaleza. Oh Amor, responde tú por mí en Dios, mi Jesús, que es la palabra de vida, y mueve en favor mío a este deífico Corazón, en el que tan claramente brilla todo tu poder<sup>54</sup>.

<sup>51</sup> Ex III: SC n° 127, pp. 20-25.

<sup>52</sup> H I, VII.

<sup>53</sup> H II, XXIII.

<sup>54</sup> Ex VI: Balmes, pp. 840-841.

*El deseo de ser absorbida en la inmensidad de Dios*

Al comienzo de su conversión, Gertrudis usa las imágenes de abismo, torrentes, corrientes, rocío, océano, cataratas, profundidad, inmensidad para significar “la sabiduría insondable, la omnipotencia admirable, la sublimidad inaccesible de Dios”<sup>55</sup>, y el deseo de él que la consume. Ella, frente a Dios, se ve pequeña como una gotita de agua en el océano. Dios es este océano de Amor que la envuelve, la toma para sí y la hace desaparecer en el continuo movimiento de las olas del amor; amor que es fidelidad, benignidad, infinita misericordia: “¿Qué soy yo, Dios mío, amor de mi corazón? ; ¡Ay, ay de mí!; ¡Qué diferente soy de ti! Soy como la más pequeña gotita de tu bondad, y tú, tú eres el mar lleno de toda dulzura. ¡Oh Amor, Amor! Abre, abre sobre mí, tñ pequeña, las entrañas de tu bondad; haz salir sobre mí todas las cataratas de tu benignísima paternidad; derrama sobre mí todas las fuentes del gran abismo de tu infinita misericordia. Absórbeme en la profundidad de tu caridad. Que yo sea sumergida en el abismo y el océano de tu misericordiosa bondad. Que yo desaparezca en el diluvio de tu vivo amor, así como desaparece una gota de agua del mar, en la profundidad de su inmensidad. Que yo muera, que yo muera en el torrente de tu inmensa piedad, como muere una chispa de fuego en la corriente impetuosa del río. Que el rocío de tu amor me envuelva. Que el cáliz de tu amor me quite la vida. Que el designio secreto de tu sapientísimo amor opere y lleve a término en mí la gloriosa muerte de amor, este Amor que da la vida. Allá, yo perderé mi vida en ti, allá donde tú vives eternamente, oh amor mío, Dios de mi vida. Amén”<sup>56</sup>.

*El deseo de ser morada de Dios*

Este deseo le indica el camino a seguir en la conversión: Una mañana, sentada al pie de un estanque de aguas cristalinas, Gertrudis se encuentra tñ extasiada con la belleza del paisaje que se pone en oración. Por medio de imágenes de lo creado, el Señor le muestra cómo hacer para él una morada segura en su corazón; Gertrudis lo describe: “Me diste a entender lo que sigue: si, con un agradecimiento continuo, hiciera yo remontar hasta ti, como el agua de un río que retornara a su fuente, las gracias de que he sido colmada; si me esforzara por crecer en las virtudes, como un árbol vigoroso, y por producir las flores de las buenas obras; si, despreciando

<sup>55</sup> H II, 6.

<sup>56</sup> Ex IV: SC n° 127, pp. 330–345.

también todo lo terreno, remontara libremente, como las palomas, mi vuelo hacia las cosas del cielo, ajena a las pasiones y al tumulto de aquí abajo, para no apegarme más que a ti sólo, entonces, oh Dios mío, mi corazón se convertiría para ti en una mansión llena de encantos<sup>57</sup>.

### *El deseo de purificación*

Al final de ese mismo día, al meditar las siguientes palabras del Evangelio de san Juan: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Jn 14,23)*, en un instante, ella comprende que su “corazón de barro” había sido convertido en morada del Señor. Al sentir la maravillosa misericordia de Dios, ella también comprende cuán indigno es su corazón de recibir la divinidad y expresa el deseo de purificarlo exclamando: “¡Sea arrancado ahora mismo mi corazón de mi pecho y sea arrojado a pedazos sobre carbones encendidos!; Queme y purifique este fuego sus escorias, para hacerlo, no digno, porque esto sería imposible, sino un poco menos indigno de ser tu morada<sup>58</sup>”.

El proceso de purificación de Gertrudis no tiene nada de complicado, ni implica grandes ascesis o penitencias, sino que “se inserta naturalmente en su vida litúrgica. Las gracias recibidas en unión con su vida litúrgica purifican lo que en ella es todavía oscuridad y transforman en transparencia su opacidad<sup>59</sup>”.

En este proceso de purificación, Gertrudis aprendió a guardar sus sentidos como un pastor que vela sobre su rebaño, no rechazando nada de lo que encontraba allá, sino ordenándolo todo con la vara del temor de Dios,<sup>60</sup> y volviéndose hacia el centro de su corazón en donde vive la Presencia de Dios, para allí, ofrecérselo todo en un holocausto de amor. Es el amor a la verdad lo que la hace vivir con los ojos abiertos a la luz deífica que transforma todo su ser.

Gertrudis tenía una firme voluntad propia pero su deseo de agradecer al Señor sobrepasaba todas sus debilidades, haciéndola volver constantemente hacia el Buen Pastor, quién, viendo su flaqueza, la tomaba sobre sus espaldas, acariciándola con todo el afecto de su Espíritu: el Espíritu de Dios, Padre y pastor, que da la vida por sus ovejas, saliendo al encuentro de

<sup>57</sup> H II, III.

<sup>58</sup> *Ibid.*

<sup>59</sup> Cipriano VAGAGGINI, osb, “El Sentido Teológico de la Liturgia”, BAC, Madrid, 1965, p. 73.

<sup>60</sup> Cf. H II, XIII.

la más perdida, buscándola por las regiones más agrestes del alma, hasta encontrarla para recostarla en verdes praderas y saciarla con la dulce agua del Espíritu que vivifica. Es el mismo Espíritu del Padre, derramado en el corazón de Gertrudis, quién le muestra el desorden y la confusión que la llenan y la invita a ordenar sus afectos.

Ella aprende, entonces a ser hija, dejándose engendrar por Cristo: “Ah, Jesús, buen pastor, hazme escuchar y reconocer a tu voz, librándome de todo lo que me impide pertenecer a ti; levántame en tus brazos; hazme reposar en tu seno, yo tu oveja recién nacida en tu Espíritu. Allí, enséñame como temerte; allí, muéstrame como amarte; allí, instrúyeme como yo puedo seguirte. Amén”<sup>61</sup>. Esta pequeña oveja salía frecuentemente del redil del Señor, pero se arrepentía y por eso, nunca dejaba de experimentar su inmensa misericordia: “¡Ay dolor! Cuántas veces, arrastrada por la malicia, por la ligereza o por la viveza de mi carácter, me parecía tomar de nuevo lo que ya te había ofrecido”. Y continúa: “Mi alma también se ha emocionado con frecuencia dulcemente, al ver tu misericordioso amor. Jamás las amenazas ni los castigos me hubieran vuelto, con una voz tan segura, al temor del pecado y a la corrección de mis defectos”<sup>62</sup>.

### *El deseo de conformar su voluntad a la de Cristo*

A medida en que Gertrudis se va convirtiendo, su deseo también se transforma. Lo inconmensurable del amor<sup>63</sup> va tomando en ella una forma cada vez más definitiva y profunda: la humanidad de Cristo. Gertrudis se hace cada vez más sensible al llamamiento del amor; es Cristo mismo quién se va encarnando en su vida hasta que ella llegue a desear nada más que ver su rostro y unirse a él en un amor esponsal que implica “un mismo querer y un mismo no-querer junto con él”<sup>64</sup>.

La humanidad de Cristo la atrae, ella quiere orientar su vida totalmente hacia él, enfrentar todo para alcanzarlo y nada anteponer a su amor. Su deseo de recibir está indisolublemente unido a su deseo de darse<sup>65</sup>. Así como su maestro, Gertrudis también quiere servir con una voluntad firme, con una fe perseverante, con un amor sin límites; amor que es ofrenda,

<sup>61</sup> Ex IV: SC n° 127, pp. 60-65.

<sup>62</sup> H II, XIII.

<sup>63</sup> Cf. Ex IV: SC n° 127, pp. 330-345.

<sup>64</sup> Soeur Marie-Geneviève GUILLOU, oco, “La louange à l’école de sainte Gertrude”: Collectanea Cisterciensia n° 53 (1991), p. 189.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 187.

humildad y abandono.

Concretamente, Gertrudis expresa su deseo ardiente de entregarse totalmente a su esposo por medio de la renovación de sus votos: Para ella, renovar sus votos significa renovar toda su vida en Cristo; pasar continuamente del “hombre viejo” al “hombre nuevo”, *creado según Dios, en la justicia, y santidad de la verdad (Ef 4,24): “Mi muy amado Jesús, yo deseo seguir contigo la regla del amor, gracias a la cual yo podré renovar mi vida y pasar en ti; Oh! Pon mi vida bajo la protección de tu Espíritu Santo para que en todo momento sea encontrada solícita a tus mandamientos. Haz mi conducta conforme a la tuya; consolídame en tu amor y en la paz. Encierra mis sentidos en la luz de tu caridad, para que tú solo me enseñes, me dirijas y me formes, en lo más íntimo de mi corazón”*<sup>66</sup>.

### *El deseo de libertad*

Gertrudis alcanza la libertad del corazón en el corazón de Jesús:

“Para Gertrudis y para toda la piedad medieval, el corazón es el centro y el símbolo de todo el ser. De este modo la teología y la piedad de Gertrudis hacia el corazón de Jesús, se dirigen a la persona del Verbo Encarnado”<sup>67</sup>.

Al manifestarle su corazón por la primera vez, Jesús le indica con la mano su santo pecho, haciéndole comprender que allá se encontraba aquella tierra dulce de donde mana leche y miel<sup>68</sup>, lugar sacrosanto del reposo de su alma. Jesús la invita a conocer y contemplar el misterio del fuego interior del único amor que puede satisfacer a los hombres<sup>69</sup>.

Gertrudis no atribuye este favor a sus propios méritos u obras, sino a la bondad y a la Misericordia de Dios, a un amor lleno de condescendencia que la prepara a una unión, todavía más íntima con él: “Se me apareció la bondad y la humanidad de Dios nuestro salvador...”<sup>70</sup>.

La libertad del corazón es un don de Dios, el único que es perfectamente libre. Nuestra libertad, deformada por el pecado necesita ser restau-

<sup>66</sup> Ex IV: SC n° 127, pp. 235–240.

<sup>67</sup> Emmanuel María RETUMBA, ocsa, “Los Ejercicios Espirituales de Gertrudis de Helfta”. Introducción al Patrimonio Cisterciense, II, cap. 9, Jacona 1994.

<sup>68</sup> Cf. H II, VIII.

<sup>69</sup> Cf. *ibid.*

<sup>70</sup> *Ibid.*

rada. El camino para esta restauración es la conformación con el Hijo predilecto, resplandor de la gloria del Padre; camino escondido y simple de una vida entregada a la voluntad de amor de aquel que nos amó primero.

Gertrudis adhirió a esta gracia de libertad hasta el punto en que su alma humilde, mortificada y dócil al Espíritu Santo recibió “un alto conocimiento espiritual y un amor de un eminente fervor”<sup>71</sup>.

En el corazón misericordioso de Jesús, dulce misericordia, reposo del alma, alegría sin fin, paz infinita, Gertrudis encuentra el descanso de todos sus deseos, dejándose inundar por la humildad de Cristo: «Una persona, que tenía gran experiencia de las revelaciones divinas, vino una vez desde muy lejos hasta nuestro monasterio, atraída por su buen renombre. Como esta persona no había tenido antes ninguna relación con nosotras, pidió fervorosamente al Señor que la pusiera en comunicación con alguien que pudiera ayudarle en el progreso de su alma. El Señor le respondió: “La que se coloque en este sitio, a tu lado, ésa es verdaderamente mi esposa muy fiel y escogida entre todas”. Por una maravillosa coincidencia, la santa fue a sentarse cerca de ella; pero su humildad ocultó tan bien, durante la conversación, los prodigiosos dones que adornaban su alma, que la visitante, creyéndose decepcionada, se quejó al Señor con reproches y gemidos. Dios le aseguró entonces que aquella era realmente la fidelísima esposa que le había anunciado»<sup>72</sup>.

## 5 - La transfiguración

### *La transfiguración del deseo: el resplandor de un Rostro*

El deseo de Dios en Gertrudis alcanza su gloria en el rostro de Cristo. Es allí, en donde ella encontrará la paz, porque el amor no consiste en imágenes de lo creado, sino que es el propio Hijo del Dios vivo quién se digna mostrarnos su rostro resplandeciente en el Tabor, desfigurado en la cruz y refulgente en la gloria.

Todo lo creado, por más bello que sea no es más que un frágil reflejo de la belleza del rostro del más bello de los hijos del hombre. Y si todo lo creado ya está lleno del esplendor de la luz divina, ¿cómo no será, entonces, el resplandor de este rostro? Gertrudis describe su deseo de contemplarlo así: “Tú eres la sed de mi alma. El cielo, la tierra, con todo lo que ellos contienen, sin ti son para mí como un invierno glacial. Tu amable faz es

---

<sup>71</sup> H I, XI.

<sup>72</sup> H I, III.

para mí la única consolación, y el encanto primaveral”<sup>73</sup>.

Sólo el ver el rostro del Amado la consolaría. Gertrudis siente un inmenso deseo de Dios al punto de desfallecer y sentirse fuertemente herida de amor, dispuesta a soportar todo para alcanzar a este amor: “¡Ea, amor! Lo que haz de hacer, hazlo pronto, porque ya no puedo soportar la fuerte herida que tu mismo me has causado”<sup>74</sup>. Ella sabe que solamente la vida eterna calmará su sed.

### *Revestirse de Cristo: la madurez espiritual*

Dejando, entonces, toda la escoria de sus pecados, ella empieza a revestirse de Cristo por el deseo y la súplica: “Ah Jesús, sol de justicia, hazme revestirme de ti, para que yo pueda vivir según tu voluntad”<sup>75</sup>.

Por medio del ejercicio en el don de la libertad de corazón, “Gertrudis adquirió una madurez espiritual muy grande, inexistente en el momento de su conversión”<sup>76</sup>. Ella aprendió a estar atenta a la voz de su amado quién por sus caricias, toques secretos, la hizo rejuvenecer y reflorcer como una rosa en la primavera: “... gracias a la riqueza de tu Espíritu, yo reverdeceré plenamente y reflorceré en ti, oh, mi dulcísima mañana”<sup>77</sup>.

### **Conclusión: la restauración de toda su persona en Cristo**

Gertrudis experimenta entonces la restauración de todo su ser por obra del Verbo Encarnado. Poco a poco, su sensibilidad se fue conformando al Espíritu hasta que le fue dado conocer desde esta tierra las primicias de la dulzura divina. A pesar de reconocer en todo lo que vive las huellas de Dios, fue en la profundidad de su corazón que ella aprendió a reconocer la presencia del Dios vivo:

*“Oh Amor, verte es abismarse en la contemplación de Dios; unirse contigo es unirse con Dios con alianza nupcial. Oh serenísima luz y clarísima aurora de mi alma, amanece ya en mí e ilumíname de tal modo que con tu*

<sup>73</sup> Ex VI: SC n° 127, pp. 590-594.

<sup>74</sup> Ex VI: SC n° 127, p. 841.

<sup>75</sup> Ex I: SC n° 127, p. 165.

<sup>76</sup> Soeur MARIE-PASCALE, “Initiation à Sainte Gertrude d’Helfta”. Epiphanie – Tradition monastique: Initiations, Cerf, Paris, 1995, p. 167.

<sup>77</sup> Ex IV: SC n°. 127, p. 294.

*luz, pueda ver la luz y, por ti, se convierta en día mi noche. Oh mi carísima mañana, haz que, por amor de tu amor, tenga yo por nada y vacío todo lo que no seas tu; ¡Ea! Visítame ya desde la mañanita, para que toda mi alma se transforme en seguida en ti*<sup>78</sup>.

El amor la atrae, la purifica, la transforma, hasta que ella está apta para recibir la gracia de la unión con el Verbo<sup>79</sup>. Esta gracia de unión la hace experimentar la dulzura unificante del amor siempre nuevo que todo abraza y todo recrea, que integra toda su persona, su pobreza, indignidad, e incluso su fragilidad física. Es el amor de Dios que irrumpe en el corazón de la existencia humana orientándola enteramente hacia él "hasta las profundidades del ser"<sup>80</sup>, atrayéndola hacia sí hasta consumirla en una unión de amor que hace de los dos un sólo Espíritu.

Jesús mismo se lo había prometido a Gertrudis: "De igual modo que yo soy la figura de la substancia de Dios Padre (Hb 1,3) en la Divinidad, así serás tú también la figura de mi substancia en la humanidad. Recibirás en tu alma deificada las influencias de mi divinidad, como el aire recibe los rayos del sol. Penetrada hasta la médula por esta luz unificante, te harás apta para una unión más íntima conmigo"<sup>81</sup>.

Para hacernos recobrar nuestro primer estado "el amor del Esposo no pide más que un retorno de ternura y de fidelidad"<sup>82</sup>. En su camino de conformación a Cristo, Gertrudis pasa desde la esclavitud del pecado hasta la libertad de ser un sólo Espíritu y una sola carne con Dios hecho humanidad en ella. Así lo hace el Esposo con todos los que le buscan con un corazón movido por el amor a la verdad: *Porque esclavos fuimos nosotros; pero en nuestra esclavitud nuestro Dios no nos abandonó (Esd 9,9)*.

Monasterio Ntra. Sra. de Quilvo  
Casilla 17D – Curicó  
Chile

<sup>78</sup> EX V: Balmes, p. 816.

<sup>79</sup> Cf. H II, II.

<sup>80</sup> O. H. PESCH, "Frei sein aus Gnade, Theologische Anthropologie", Freiburg, 1983, p. 261, citado en Collectanea Cisterciensia n° 48, p. 81.

<sup>81</sup> H II, VI.

<sup>82</sup> San BERNARDO, "Sermones sobre el Cantar de los Cantares", 83, 5; t. V, BAC, Madrid 1987.